

fundo—¡ miserables!... ¡ Ministro de Dios!... ¡ ministro de un cuerno!... El ministro soy yo, yo, Santos Barinaga, honrado comerciante... que no hago la forzosa á nadie... que no robo el pan á nadie... que no obligo á los curas de toda la diócesis... eso, eso, á comprar en mi tienda cálices, patenas, vinajeras, casullas, lámparas (iba contando por los dedos, que encontraba con dificultad) y demás, con otros artículos... como aras; sí señor ¡que nos oigan los sordos, señor Magistral! Vd. ha hecho renovar las aras de todas las iglesias del obispado... y yo que lo supe... adquirí una gran partida de ellas... porque creí que era Vd.... una persona decente... un cristiano... ¡ Buen cristiano te dé Dios! Jesús... que era un gran liberal, como el señor Foja... eso es... un republicano... no vendía aras... y arrojaba á los mercaderes del templo... Total, que estoy empeñado, embargado, desbalijado... y Vd. ha vendido cientos de aras al precio que ha querido... ¡se sabe todo, todo, señor apagaluces... don Simón el Mago... Torquemada... Calomarde! ¿ Ven ustedes este santurrón? pues hasta vende hostias... y cera... ha arruinado también al cerero... Y papel pintado... Él mismo ha hecho empapelar el Santuario de Palomares... que lo diga la sociedad de Mareantes de aquel puerto... si es un ladrón... si lo tengo dicho... un ladrón, un Felipe segundo... Óigalo Vd. ¡ so pilló! yo no tengo esta noche que cenar... no habrá lumbre en mi cocina... pediré una taza de té... y mi hija me dará un rosario... ¡ Sois unos miserables!... (Pausa) ¡ Vaya un siglo de las luces! (señalando al farol) me río yo... de las luces... ¿ para qué quiero yo faroles si no cuelgan de ellos á los ladrones... ¡ Rayos y truenos! ¿ y esa revolución?... ¡ el petróleo!... ¡ venga petróleo!...

Calló un momento el borracho, y á tropezones llegó á la puerta de la Cruz Roja. Aplicó el oído al agujero de una cerradura, y después de escuchar con aten-

ción, rió con lo que llaman en las comedias risa sardónica:

—Ja, ja, ja!—venía á decir, con la garganta y las narices...—Ya están dándole vueltas!... Allá dentro bien os oigo, miserables, no os ocultéis... bien os oigo repartiros mi dinero, ladrones; ese oro es mío; esa plata es del cerero... ¡ Venga mi dinero, señora doña Paula... venga mi dinero, caballero De Pas, ó somos caballeros ó no... mi dinero es mío! Digo, me parece? Pues venga!...

Volvió á callar y á aplicar el oído á la cerradura.

El Magistral abrió el balcón sin ruido y se inclinó sobre la barandilla para ver á don Santos.

—¿ Oirá algo? Parece imposible...

Y volviendo la cabeza hacia el interior oscuro y silencioso de la casa escuchó también con atención profunda... Sí, él oía algo... era el choque de las monedas, pero el ruido era confuso, podía conocerse sabiendo antes que estaban contando dinero... pero desde la calle no debía de oirse nada... era imposible... Mas la idea de que la alucinación del borracho coincidiese con la realidad le disgustaba más todavía, le asustaba, con un miedo supersticioso...

—Esos miserables tienen ahí toda la moneda de la diócesis!... Y todo eso es mío y del cerero... ¡ Ladrones!... Caballero Magistral, entendámonos; Vd. predica una religión de paz... pues bien, ese dinero es mío...

Se irguió don Santos; volvió á descargar una palmada sobre el sombrero verde, y extendiendo una mano y dando un paso atrás, exclamó:

—Nada de violencias... ¡ Ábrase á la justicia! En nombre de la ley, abajo esa puerta!

—Señor don Santos, á la cama!—dijo el sereno, ya de vuelta.—No puedo consentir que Vd. siga escandalizando...

—Abra Vd. esa puerta, derríbela Vd., señor Pepe. Usted representa la ley... pues bien... ahí están contando mi dinero.

—Ea, ea, don Santos, basta de desatinos.

Y le cogió por un brazo, para llevárselo por fuerza.

—Porque soy pobre... ¡ingrato!—dijo Barinaga cayendo en profundo desaliento.

Se dejó arrastrar.

El Magistral, desde su balcón, escondido en la oscuridad, los siguió con la mirada, sin alentar, olvidado del mundo entero menos de aquel don Santos Barinaga que le había estado arrojando lodo al rostro, desde el charco de su embriaguez lastimosa.

Don Fermín estaba como aterrado, pendiente el alma de los vaivenes de aquel borracho, de las palabras que más eruptaba que decía: «¿Podía una copa de cognac, una comida algo fuerte, un poco de Burdeos, producir aquella irritación en la conciencia, en el cerebro ó donde fuera?» No lo sabía, pero jamás la presencia de una de sus víctimas le había causado aquellos escalofríos trágicos que se le paseaban ahora por el cuerpo. Se figuraba la tienda vacía, los anaquelos desiertos, mostrando su fondo de color de chocolate, como nichos preparados para sus muertos... Y veía el hogar frío, sin una chispa entre la ceniza... ¡Quién pudiera enviarle á aquel pobre viejo la taza de té por que suspiraba en su extravío; ó caldo caliente... algo de lo que sirve á los enfermos y á los ancianos en sus desfallecimientos!

Don Santos y el sereno llegaron, después de buen rato, á la puerta de la tienda de Barinaga, que era también entrada de la casa. El Magistral oyó retumbar los golpes del chuzo contra la madera. No abrían. Al Provisor le consumía la impaciencia. «¿Se habrá dormido esta beatuela? pensó.»

Á sus oídos llegaban confusas y con resonancias me-

tálicas las palabras del sereno y de Barinaga; parecía que hablaban un idioma extraño.

Repitió Pepe los golpes, y al cabo de dos minutos se abrió un balcón y una voz agria dijo desde arriba:

—Ahí va la llave!

El balcón se cerró con estrépito. Entró don Santos en la tienda, que era como el Magistral se la había representado, y dejándose alumbrar por el sereno atravesó el triste almacén donde retumbaban los pasos como bajo una bóveda, y subió la escalera lentamente, respirando con fatiga. El sereno salió, después de entregar la llave al amo de la casa. Cerró de un golpe y se fué calle arriba. Oscuridad y silencio. El Magistral abrió entonces su balcón de par en par y tendió el cuerpo sobre la barandilla, hacia la casa de Barinaga, pretendiendo oír algo.

Al principio parecía aprensión lo que oía, como si sonara dentro del cerebro... pero después, cuando se vió luz detrás de los cristales, el Magistral pudo asegurar que allí dentro reñían, arrojaban algo sobre el piso de madera...

Celestina, la hija de Barinaga, era una beata ofidiana, confesaba con don Custodio y trataba á su padre como á un leproso que causa horror. El partido del Arcediano y del beneficiado había querido sacar gran partido de la situación del infeliz don Santos para combatir al Magistral; para ello conquistaron á Celestina; pero Celestina no pudo conquistar á su padre. Bebía el señor Barinaga y en esto ya no se podía culpar de su saña al Provisor. «Es claro, dirían los partidarios de don Fermín, todo lo gasta en aguardiente, está siempre borracho y espanta la parroquia; cómo se quiere que el clero consuma los géneros de un perdido... que además es un hereje? Esta era otra triste gracia. Á pesar de las amonestaciones y malos tratos de su hija, Barinaga no había querido pasarse al partido

contrario; se había hecho libre pensador y renegaba de todo el culto y de todo el clero.—Nada, nada; repetía, todos son iguales; lo que dice don Pompeyo Guimarrán; el mal está en la raíz; ¡fuego en la raíz! ¡abajo la clerigalla!» Y cuanto más borracho, más de raíz quería cortar. En vano su hija le daba tormento doméstico para convertirle. Sólo conseguía hacerle llorar desesperado, como el infeliz rey Lear, ó que montase en cólera y le arrojase á la cabeza algún trasto. Ella pasaba plaza de mártir, pero el mártir era él.

Como don Santos había sospechado, Celestina no quiso darle té, ni tila, ni nada; no había nada. No había fuego, ni eran aquellas horas... Hubo gritos, llantos y trastos por el aire. El Magistral, gracias al silencio de la noche, oía vagos rumores de la reyerta, que se alargaba, como si no hubiera sueño en el mundo. Á él se le cerraban los ojos, pero no sabía qué fuerza le clavaba al balcón...

Aborrecía en aquel momento á Celestina. Recordó que era la joven que había visto días antes á los piés de don Custodio junto á un confesonario del trasaltar. Aquella tarde no la había reconocido. Tenía facha de sabandija de sacristía... de cualquier cosa.

Los rumores continuaban. De vez en cuando se oía el ruido de un golpe seco. Detrás de la vidriera iluminada pasaba de tarde en tarde un cuerpo oscuro.

El sereno cantó las doce á lo lejos.

Poco después cesó el ruido apagado y confuso de voces.

El Magistral esperó. No volvió el rumor. «Ya no reñían.»

La claridad de la vidriera desapareció de repente.

El Magistral siguió espiondo el silencio. Nada; ni voces ni luz.

El sereno volvió á cantar las doce... más lejos.

De Pas respiró con fuerza y dijo entre sus dientes:

—Ya estará durmiéndola!

Y se oyó el ruido discreto de un balcón que se cierra con miedo de turbar el silencio de la noche.

Pisando quedo entró don Fermín en su alcoba.

Detrás del tabique oyó el crugir de las hojas de maíz del jergón en que dormía Teresa, y después un suspiro estrepitoso.

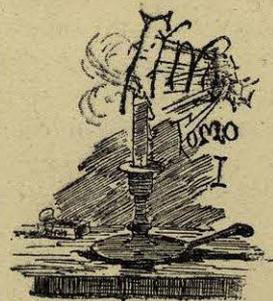
El Magistral encogió los hombros y se sentó en su lecho.

«Las doce, había dicho el sereno, ¡ya era mañana! es decir, ya era hoy; dentro de ocho horas la Regenta estaría á sus piés confesando culpas que había olvidado el otro día.»

—Sus pecados!—dijo á media voz el Provisor, con los ojos clavados en la llama del quinqué—¡si yo tuviese que confesarle los míos!... ¡Qué asco le darían!

Y dentro del cerebro, como martillazos, oía aquellos gritos de don Santos:

«¡Ladrón... ladrón... rapavelas!»



Faint, illegible text on the left page, possibly bleed-through from the reverse side. The text is arranged in several paragraphs and is difficult to decipher due to its lightness and the age of the paper.

